

BOAL

UN LABRADOR, PROPIETARIO DE UN SUPUESTO «STRADIVARIUS»

A MAXIMO DIAZ PEREZ SE LO DEJO EN HERENCIA SU PADRE, QUE LO HABIA ADQUIRIDO EN LAS FERIAS DE LA BRAÑA

«Le gustaba mucho la música y sabía tocar varios instrumentos»

«SI EL VIOLIN FUESE AUTENTICO Y ME LO COMPRASEN, SEGUIRIA VIVIENDO AQUI, Y TRABAJANDO»

PERO SU PREOCUPACION ES QUE MEJOREN LAS CONDICIONES DE VIDA DEL PUEBLO: «QUE MEJOREN EL SUMINISTRO ELECTRICO Y QUE ARREGLEN LOS CAMINOS»

Con cierta frecuencia se produce una noticia como ésta: en tal lugar, ha aparecido un «Stradivarius». Pero también



con frecuencia, el júbilo del hallazgo se disipa rápidamente, al comprobarse que el violín es una mera imitación.

Seguidamente publicamos un reportaje de nuestro corresponsal, Pedro Llera Losada, sobre la aparición en Boal, de un supuesto «Stradivarius». Ni él, ni nosotros afirmamos la autenticidad del hallazgo. No obstante, he aquí su historia, el escenario asturiano donde se desarrolla, y su desconcertado e ilusionado protagonista.

Un amigo que es viajante de comercio nos puso sobre la pista: «En un pueblo del concejo de Boal —nos dijo— hay un hombre que tiene un Stradivarius. Parece que es auténtico. Algunas personas trataron de comprárselo». Esa fue la pista, y, como es lógico, nosotros nos pusimos en marcha, camino de la aldea en cuestión, Vega de Ouria. Al pueblo se puede ir por dos rutas. Desde Lluarca se llega al mentado lugar por la carretera de Boal, subiendo al alto Penouta (de seiscientos cincuenta metros de altitud) y bajando luego con dirección a Vegadeo. Se va también por La Caridad, cogiendo la carreterilla de San Juan de Prendóns, y pasando por La Veguina, Sanchín y Lagar, aunque esta carretera está en peor estado. Unos cincuenta kilómetros dista el pue-

blo, partiendo de Lluarca. La ruta es bonita; con estupendos paisajes de montaña, si se va por Boal, y con no menor belleza paisajística, si nos encaminamos por La Caridad y San Juan, bordeando siempre el río Porcia (truchero de primer orden). El pueblo donde vive el afortunado poseedor de este probable valiosísimo violín pertenece, ya decimos, al concejo de Boal, de donde dista unos veintidós kilómetros. Está situado en plena carretera, bien asfaltada. Pertenece al partido judicial de Castropol. Vega de Ouria cuenta con unos veinticuatro vecinos. Todos viven de la labranza: agricultores y ganaderos. Algunas familias jóvenes abandonaron el pueblo a probar fortuna, siguiendo el al parecer inagotable curso de la emigración a Centroeuropa. Nos hablan de

sus problemas, que luego indicaremos por boca del dueño del Stradivarius.

EL PROPIETARIO Afortunado

Encontramos al afortunado poseedor del violín en el mismo pueblo, saliendo de la calleja donde tiene su casa, acompañado de sus dos hijos y llevando unas vacas al abrevadero. Al hombre le hablamos de nuestro propósito y, solícito, se presta a contarnos todo cuanto sabe del violín que posee, y que sacó de su casa para enseñárnoslo en un comercio cercano. Es cordial, afable y no parece demasiado optimista ni nervioso con la probable fortuna que posee (caso de ser un instrumento hecho por el artista italiano). El labrador este se llama Maximino Díaz Pérez,

de cuarenta y tres años de edad, casado con Eloina Rodríguez Prieto, de treinta y siete años. Tienen dos hijos, José Antonio y Emilio, de quince y doce años de edad, respectivamente. El mayor estudia, en Boal, segundo curso de Bachillerato; el otro prefiere seguir con la labranza. Maximino nos enseña su violín. Lo examinamos y observamos que, en efecto, en el interior del instrumento musical se puede leer con bastante facilidad lo siguiente: Antonius Stradivarius. Cremonensis faciebat anno 1716. Después se ve, no tan claro, un sello circular, una A y una S, superpuestas, y encima una pequeña cruz. Esto es todo. Hemos pesado el violín y daba en la balanza cuatrocientos ochenta gramos.

¿COMO LLEGO A SUS MANOS EL STRADIVARIUS?

Maximino heredó este instrumento de su padre, José Díaz Méndez, también vecino del pueblo en cuestión, que murió en el año 1960. Este hombre —lo dice su hijo— era un gran aficionado a la música. Amaba este arte, aunque no sabía música, no la había estudiado, pero sí la sabía interpretar de oído. Tocaba varios instrumentos, la guitarra, bandurria, acordeón. En fin, que, por lo que parece, era un artista nato. Era un hombre de auténtica vocación por la música. Este hombre, José, le compró el violín a un músico de feria apellidado Vidal, hace sesenta años. Pero mejor es que el propio Maximino nos cuente la historia, que es muy interesante. Verán: —¿Cómo llegó el violín a manos de su padre? —Pues se lo compró a un tal Vidal, apodado «Mediaorella». Lo convenció mi padre, que tenía muchísima afición y deseaba tener un violín, y pagó por él bastante dinero. Esto fue un día de feria en el pueblo de La Braña, del concejo de El Franco. —¿Sabría su padre que era un Stradivarius lo que adquiría? —No. Ni hablar. Seguro que ni mi padre ni yo sabíamos quién era ese señor, Stradivarius. Mi padre tocaba muchas veces el violín, y le tenía gran cariño, la verdad. Al morir mi padre me lo dio como gran cosa. Esperaba que yo continuase con la afición a la música. —¿Y usted continuó con esa afición musical? —Pues sí, señor. No sé música. Me gusta oírlo y sé tocar,



también de oído. Nada más. —Y usted, que no sabía que era Stradivarius, ¿cómo y cuándo se enteró? —Me enteré hace cosa de dos años o así. Y esto fue después de oír por la radio que un señor, en Cangas de Onís, dio por un violín de este tipo la cantidad fabulosa de catorce millones de pesetas. Entonces me picó la curiosidad. Miré y remiré mi violín y di con el nombre que usted vio. —Bueno. ¿Y qué pasó después? —Entonces sí que me asusté. Me puse muy contento. Y se lo dije a la mujer y los hijos. Pero, en realidad, claro, no sabíamos todavía si era o no era auténtico. —¿Se enteró usted por algún experto? —No, señor, no me enteré. Le hablé de ello a algunas personas influyentes de Boal, que me dijeron que sí, que es muy probable que fuese. Otros me dijeron que también era fácil que fuese una imitación. Que no fuese auténtico. Le hablé al director del Instituto, don Orlando; al farmacéutico, señor Villanú; al médico y otros. Algunos tuvieron la curiosidad de venir a mi casa a verlo. Pero aún no sé la verdad. No sé si es verdadero o no. —Bueno. Y, en el supuesto de ser auténtico el violín, ¿ya sabe usted que tiene una fortuna?

también es darle a mis hijos una carrera, más cultura. Otra cosa de lo que nosotros fuimos y somos. —¿Y qué piensa su mujer? —Pues, sobre poco más o menos, lo mismo que yo. Nos quedaríamos aquí, en el pueblo, con menos ganado. —Permítame que le haga una sugerencia. ¿No le agrada mucho tener una buena vaquería, ser dueño de un buen rancho? —No. No lo crea. Eso da muchos quebraderos de cabeza. Cuanto más hacienda, más trabajo. No, ni hablar. A vivir mejor, sí, pero sin demasiados esfuerzos. A mis hijos, ya lo dije, los trataría de educar y formar mucho mejor, claro.

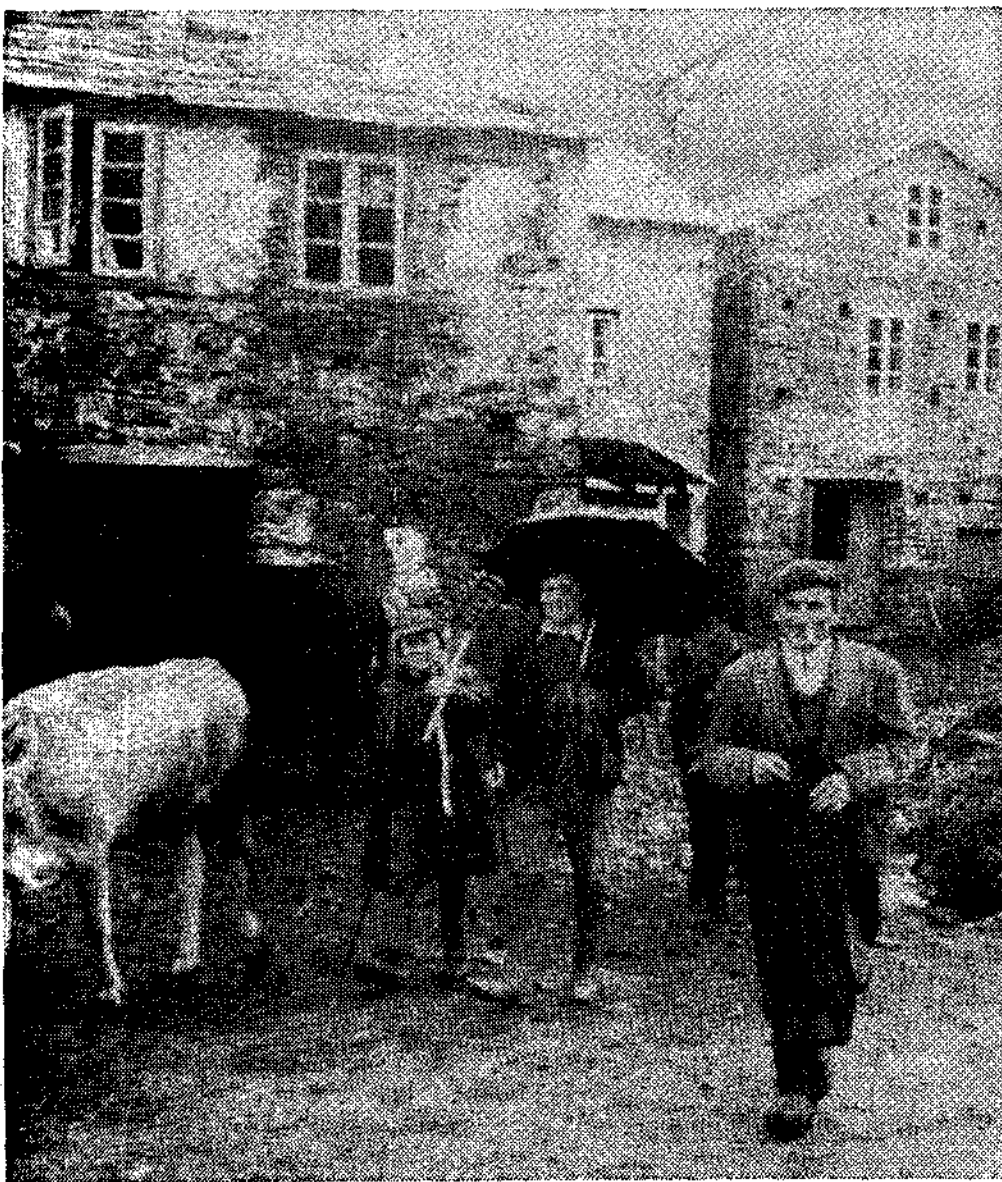
EL PROBLEMA DE SU PUEBLO

El hombre, Maximino, al igual que un vecino dueño del establecimiento del pueblo donde sostuvimos la entrevista, nos solicita que pongamos en el periódico algo sobre los pequeños problemas que tienen en el pueblo. Y, como es lógico, hemos accedido, ya que con tan buena disposición se ha prestado al diálogo: En el pueblo necesitan una buena corriente eléctrica, hoy suministrada por la empresa de un particular. Son muy pocos los abonados. No pueden tener televisión, y los aparatos de radio apenas se oyen. Suelen emplear transistores, Leen, sí, LA NUEVA ESPAÑA, que reciben cuatro vecinos. Nos dicen que estuvo por allí el señor ingeniero de Electra del Esva, que parece se hará cargo —la compañía— de la electrificación de este pueblo y otros del concejo, según les dijo el alcalde de Boal. Y esperamos que sea verdad. Ya veremos...

Bien. Ese parece ser el problema capital, el de falta de corriente eléctrica suficiente. Televisores, neveras y otros electrodomésticos, para estar al día con el nivel de vida general. No es menor la necesidad de mejorar los caminos, en lo que esperan ser atendidos. Hay otros problemas de menor cuantía. El amigo Maximino coloca su violín dentro de una caja de cartón, quizá algo deteriorada, pero lo cuida con mimo, con amor. ¡A ver si es verdad que se trata de un auténtico instrumento hecho por el famoso artista internacional! A nosotros nos agrada mucho el instrumento, la verdad. ¿Y a él...?

Pedro LLERA LOSADA

Fotos GUDIN



carretillas transpalette
(de accionamiento a mano y elevación hidráulica)

Robustas Eficaces
Capacidades de carga: 1.500-2.000 kgs.

FENWICK
Bruch, 86 - Tel. 232 63 60 - Barcelona (9)
Gómez Ulla, 20 - Tel. 255 34 04 - Madrid (28)